

LLUÍS SEGURA

**CUENTOS
PARA QUE
33 CUENTOS DE AMOR, HUMOR,
SEXO, MUERTE Y OTRAS FANTASÍAS
TU CABEZA
HAGA BUM**

LE BOOK

LLUÍS SEGURA

CUENTOS PARA QUE TU CABEZA HAGA BUM

Relatos de amor, humor, sexo,
muerte y otras fantasías



Una producción de
Esther Fernández

Primera edición: Enero 2023

© Lluís Segura, por el texto y la edición 2023.

© Esther Fernández por la edición Enero 2023.

Corrección ortotipográfica: Natalia Imperiali

Maquetación: La Nueva Edimac, S.L.

Los personajes y hechos retratados en este libro son completamente ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con hechos reales, es pura coincidencia.

LeBook Editorial

[instagram.com/lebookeditorial](https://www.instagram.com/lebookeditorial)

lebookeditorial@gmail.com

lluissegraescriptor.com

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación sin el permiso expreso de los titulares del copyright.

MELANCOLÍA EN OMEGA-7

Hace un par de meses que me mudé a Omega-7. Estaba harto de la Tierra, un lugar caduco y enfermo, superpoblado de locura y barbaridad, convertido por las mega marcas en una atracción turística para guiris del espacio exterior. Omega-7 es un pequeño planeta en los confines de la Vía Láctea, un lugar tranquilo, con viviendas de rentas bajas, dos soles doce horas al día, 38 lunas en los solsticios de verano, una atmósfera con buenos porcentajes de oxígeno y mucha demanda de empleo. Por ahora, el único inconveniente es que no conozco a nadie y estoy más solo que un plasma monosódico.

En el interior de mi microapartamento, intento olvidarme de todo. Han sido dos meses muy duros: la mudanza, el viaje interestelar, mi nueva ocupación... No sé si me acabo de sentir cómodo trabajando de luna a luna, de luna a sol y de sol a luna para la mega corporación omegañiana. Estoy harto de dirigir el Departamento de Suministros de Hidrocarburos Fósiles con esa pandilla de *zurgs* hermafroditas. ¡Si por lo menos no hubieran prohibido el personal femenino! Los mal-

ditos *zurgs* me miran con unos ojos muy extraños. De hecho, nunca recuerdo si los hermafroditas son los *zorgs* o los *zurgs*. Siempre confundo esas dos razas. ¡Dios mío!

Aunque estoy agotado, me gustaría disfrutar de mi único día de fiesta mensual. Necesito un poco de diversión, un poco de piel, un poco de humanidad. Llevo días conectado a la red planetaria de citas, pero, por desgracia, el sistema aún no ha encontrado a nadie con quien supere el 20 % de afinidad. ¡Un androide sensual de compañía sería mi salvación! Pero mi raquíutico sueldo no me lo permite y, la verdad, paso de los androides de saldo de primera generación (*First Generation Droids*). Me cansé de sus falsos y reprogramados «oooo-hhh» y sus «Hágame lo que quiera, señor... Bzzzzz... Hágame todo lo que quiera, señor... Bzzzzz». ¡Si tuviera una I-droid! ¡Ah! ¡Eso sí es tecnología! ¡Qué diseño! ¿Y sus chips de comportamiento fractal aleatorio? ¡Parecen humanos! ¡Pero son carísimos! La resignación pesa tanto.

Enciendo la holopantalla, pero solo emiten programas de excitación cerebral de grado tres. Me digo a mí mismo que lo que tendría que hacer es salir a la calle a conocer a alguien. Una quimera que ahora me parece imposible, a menos que...

Entro en el baño dispuesto a tragarme mi último Zervo-trón 25 mg. La típica solución fácil. Pronto, todo mejorará y tendré valor y fuerza para salir de fiesta. Pero justo cuando estoy a punto de engullirlo, me arrepiento y lo escupo en el sumidero del aseo. ¡No quiero más drogas! ¡No quiero más fiestas! Las cosas son como son. Me vine aquí a sentar la

cabeza, a recogerme, a llevar una vida equilibrada... ¿Pero qué coño estoy diciendo? Yo no soy de los que chupan el caramelo y alargan su sabor. ¡No! ¡Yo soy de los que caen en la tentación y lo muerden! ¡Así vivo la vida! ¿Y ahora qué hago? ¿Morderme la lengua?

Inmediatamente, meto la mano en el sumidero. Puedo tocar sus cuchillas de desintegración atómica. Soy consciente del peligro, pero, en un recoveco, encuentro mi última pastillita. Sin querer, me apoyo en el botón de activación y sus afiladas hojas se ponen en marcha. Quito la mano a toda velocidad, pero es demasiado tarde: el corte es rápido y limpio. ¡He perdido el dedo índice! ¡Qué fastidio! Tendré que ir a que me implanten uno. ¡Costará una pasta! Suerte que el corte es a nivel atómico y la herida ya ha cicatrizado. Además, gracias a Dios, he rescatado el Zervotrón. Lanzo la píldora al aire y me la trago con un glup. Ahora resta esperar sentado en una esquina a que surta efecto. Solo hay una cosa que tengo clara y es que, esta noche (de 26 lunas), no terminaré solo.

Camino animado por las callejuelas omeganianas. Es el típico paisaje de una colonia industrial: un hormiguero de neón y metal contrachapado. Inhalo un poco de relajante pulmonar (del que suministra el Estado). El bullicio en el centro es suficiente para aplacar la euforia que desboca mi corazón. El objetivo es inequívoco: conocer a una terrícola. Sin embargo, soy consciente de que Omega-7 es un planeta casi sin humanos. Esa es una de las razones por las que el viaje me resultó tan económico. «Sea un pionero a precio de saldo», decía la publicidad. Ahora lo barato me sale caro.

El Zervotrón me obliga a ver las cosas con optimismo. Si no hay terrícolas, me conformaré con una astuta y tentacular mercuriana, o una estilizada y fosforescente chica de Sednia, o quizá con una nativa de Quaoar, aunque su raza tenga 28 días seguidos el período. A lo mejor, tengo suerte y puedo conocer a una insaciable hembra pentasexual de Caronte-6 o a una xenoniana de pronunciadas curvas electromagnéticas... En realidad, me da igual. ¡Voy a por todas! Bueno..., a por todas no. Tengo unos límites. Por supuesto, no quiero ni acercarme a una omeganiana. ¡Eso nunca! Las mujeres de este planeta son reptilianas, es decir, son mitad mujer, mitad lagarto. Tienen la piel escamosa, húmeda, brillante, ojos amenazantes, lengua bífida y dientes afilados. No. Con ellas no.

Tras pasear un buen rato, acabo entrando en un oscuro y ruidoso garito que recomiendan en todas las guías de diversión interplanetaria. Bajo su enorme cúpula de cristal, miles de razas variopintas beben y bailan al ritmo de la peor *universal music shit*. No hace falta ser un zsakchsiziano y tener siete ojos para darse cuenta de que no hay ni una sola terrícola. Me dirijo a la barra y pido metalcohol *light* con ciclocafeína y un chupito de hidrovitamina clonada. Es cierto que me prometí no tomar más hidrovitamina, pero el autoengaño es una de mis virtudes más depuradas. El efecto de la química en mi cuerpo no se hace esperar y me convierte en una esponja ávida de absorberlo todo. Deambulo por el local en busca de una oportunidad con el radar a máxima sensibilidad. Hay un

montón de parejas y muchos grupos de amigos, pero no me desanimo.

Un par de corvesianas de aspecto esférico aprovechan sus catorce orificios nasales para ponerse hasta el culo de metacocaína. Cuando me acerco a ellas, advierto que van tan puestas que apenas pueden hablar con ninguna de sus catorce bocas. Una plutoniana me mira con ojos reproductivos (supongo porque su raza está en fase de extinción). Es una buena opción, así que avanzo hacia ella esbozando una gran sonrisa, en el momento en el que dos fibradas criaturas de la misma especie se adelantan y se la llevan a bailar a la pista. No me rindo. Cerca del tecnobillar hay dos lokianas bastante atractivas. Cuando me aproximo a ellas con una seductora sonrisa, utilizan sus capacidades de mutación atómica para desaparecer. En la barra, localizo a una lunática de Tritón que no para de beber metalcohol. En su cara, lleva escrita la influencia de las veintiséis lunas de esta noche. Le digo «hola», y ella utiliza sus cualidades telepáticas hipnóticas para hacerme desistir y convencerme de que estaré mucho mejor lejos de ella. En la pista, una bellísima niburiana llama mi atención: baila desatada con sus alas abiertas. Me esfuerzo por establecer contacto visual mientras bailo frente a ella. Un pie aquí, un pie allá. Giro, palmas, cadera, giro, palmas, cadera. Fracaso por completo: soy invisible para ella. A las venusianas no les gustan los terrícolas. No podemos volar ni lanzar rayos gamma por los ojos; somos una raza inferior. Las venusianas solo se acuestan con terrícolas en los psicovideojuegos pornográficos de serie B.

Al cabo de unas horas de fracasos, la euforia empieza a convertirse en desesperación. La música me marea y empiezo a pensar en retirarme, cuando, a lo lejos, veo a una omegañiana que me mira atentamente con sus ojos alargados. Puede que sea el metalcohol el que logra que su cuerpo estirado se me antoje sexy. Además, ahora que lo pienso, nunca he besado una lengua bífida. ¡Más vale mal acompañado que solo! La invito a una copa de biogas modificado con hidrovitamina (¡un clásico!). Creo que le gusto, sus ojos cambian de color intermitentemente y su piel escamosa transpira una extraña mucosidad. Supongo que es una buena señal. Hablamos y bebemos, bailamos y bebemos, bebemos y bebemos... Y, finalmente, ella me invita a un MDXM3 sintético. En pocos minutos, cualquier reparo desaparece: nuestros cuerpos arden en deseo y tenemos que abandonar el local.

En una cochambrosa habitación de hotel, la omegañiana se quita la camiseta y me muestra su tórax musculoso sin pechos recubierto de escamas verdes palpitantes. Los ojos, abiertos de deseo, enseñan sus pupilas rasgadas flotando en un iris de fuego. Su lengua partida entra en mi boca con un ¡shhhhhhhhhhh!, se desliza por mi garganta y llega hasta el fondo de mi estómago. Asqueado, me aparto un poco, pero ella me coge por la nuca e insiste entre la náusea y el placer. Con movimientos rápidos, me arranca la ropa y me babea de arriba abajo. Para escapar de su acoso, le saco los pantalones y un fuerte olor a... a... Bueno, un fuerte olor inunda el aire

de la habitación. Su sexo es azulado, una hendidura lubricada del tamaño de una nuez. Introduzco mi pene con fuerza, erecto gracias a la hidrovitamina, al MDXM3 sintético y a Dios, que está en las alturas y quiere (vete a saber cuál es su plan maestro y cómo encajo yo en él) que folle esta noche con una omeganiana.

De repente, a los pocos segundos, ella empieza a temblar, arquea su espalda, su mirada se vuelve amarilla fluorescente y su vulva se estrecha hasta que pienso que voy a perder mi miembro. Después emite un grito seco y se queda inmóvil. ¿Está muerta? Intento sacar mi pene de su interior, pero no puedo. Hago un poco más de fuerza. Es imposible. Ya está. Tenía que pasar. Me acuerdo de Dios y de su plan maestro, y me imagino arrastrando a una omeganiana muerta hasta el hospital más cercano para que puedan separarnos. ¿Podrán? Quizá, si me corro, mi pene se deshinchará y, entonces, podré escapar. Empiezo a fornicar. ¡Dios! ¿Cuál es tu plan? ¿Sexo con cadáveres?

De pronto, vuelve en sí, se mueve ligeramente, su sexo se destensa, se abre y deja escapar mi pene atemorizado. La reptiliana me mira con dulzura (yo diría que con amor) y me dice con voz suave y profunda: «Mejor será que te vayas. En cualquier momento, entraré en fase hormonal extrema y te arrancaré la cabeza de un mordisco y me comeré tus testículos. Las de mi especie somos así cuando alguien nos gusta mucho. Y tú me gustas mucho».

En la calle, la lluvia parece más ácida de lo normal. Los bares están cerrados, pero un tipo me pasa nexushidrato

refrigerado en polvo. Compró una dosis y le pido algo un poco más fuerte. Me pasa tres cigarrillos de nicotina. En la oscuridad de un baño público, insufló tres rayas y me fumo un cigarrillo tras otro. No puedo irme a casa así: es demasiado frustrante y corro el riesgo de acabar metiendo la cabeza en el sumidero del baño. No tengo más remedio que tomar una decisión.

Llego al club de alquiler. Un edificio frío y desangelado, coronado por un gran anuncio holográfico intermitente: «Droides de servicio completo. Todas las razas. Todos los precios. Seguridad garantizada. Máxima higiene». Un zaxxxiano de piel blanca y ojos lilas me recibe detrás de un mostrador. Si no fuera obeso, pensaría que se trata de un robot. Las tarifas son definitivas: una hora en una habitación con un robot de primera generación (*First Generation Droid*) clase B con varios niveles emocionales me cuesta 100 megacoins; un I-Droid de última generación (*Last Generation Droid*), con pensamiento lateral y programas de novia, madre y puta, cuesta 10.000 megacoins. Exactamente lo que cobro por pasarme un año rodeado de *zorgs* o *zurgs* hermafroditas. ¡Diablos! Me conformo con un robot de primera generación de clase B. ¡Qué remedio! El tipo repugnante coge mis créditos y me acompaña hasta la puerta.

Dentro me espera mi androide, vestida con lencería negra y una forzada sonrisa. Es un modelo antiguo, estilizado, voluptuoso, inspirado en una famosa actriz porno de mirada fina y labios gruesos. Se acerca a mí y me susurra: «Hola,

guapo. ¿Qué nivel emocional quieres?». Le pido un nivel tres y que se desnude. Los robots de primera generación tienen la piel sintética, su tacto es plástico, su sistema de hidratación no es del todo perfecto, pero voy tan drogado que me da igual. Empieza a besarme. No me gusta besarme con robots, así que le pido que pare y le ordeno que baile para mí. Mientras se mueve con una perfección informática, me imagino la triste estampa. Un tipo incapaz de conseguir a alguien para pasar la noche, viendo a un robot desnudo bailando sin música. Me levanto furioso y le digo: «Nivel sexual diez». Ella se para, su sistema operativo está procesando. Se arrodilla y me baja los pantalones, coge mi miembro y empieza a chuparlo con fuerza. Una mamada de un *cyborg* es una mamada de un *cyborg*. Algoritmos de aleatoriedad, ecuaciones de repetición crecientes, disposiciones fractales de números primos, polinomios racionales, $X^0 + \sqrt{\text{hipotenusa de } (Y+1)}$ al cuadrado, más uno, más uno, más... Con la mano le pido al robot que se detenga antes de que sea demasiado tarde. Sus microcámaras oculares me enfocan extrañadas, y con una sonrisa me dice: «¡Ohhhh! Hágame lo que quiera, señor... Bzzzz... Hágame todo lo que quiera, señor... Bzzzzzzzz...».

Por fin, llego a mi hogar. Las drogas están acabando conmigo. Mi metabolismo no tolera la hidrovitamina y la elimina por cualquier agujero de mi cuerpo. Vomito una extraña mezcla y me escondo en un rincón de mi casa, no sea que el de-

tector de salubridad detecte mi bajo coeficiente y envíen una patrulla sanitaria. Lloro, aunque no sé si de pena o de risa. Puede que de miedo. Acurrucado, me pregunto por qué me maltrato así. ¿Por qué no pasaré mi tiempo de ocio pintando acuarelas de los lagos de Plutón? ¿Por qué me he pasado la noche haciendo todo aquello que no quería hacer? Y me respondo: porque ni siquiera puedo contar conmigo mismo.

Cuando se me pasa el temblequeo y la autocompasión, consigo ingerir un Flatorix 100 mg. Ahhhh, mi estómago es invadido por miles de nanorrobots que se encargan de ponerlo a punto. ¡El futuro tenía que tener algo bueno! Recuperado, salgo al balcón. Observo el cielo. Un auténtico espectáculo de egolatría divina. Veintisiete lunas, miles de estrellas y un puntito luminoso reconocible: la Tierra. Intento señalarla con el dedo, pero ya no lo tengo. Uso la otra mano, el otro dedo índice, para señalar. Allí está. ¡La viejuna Tierra! ¡Quién me hubiera dicho a mí que la echaría tanto de menos! Mi querido y añorado planeta azul oscuro tirando a negruzco. Su ridícula y solitaria Luna, su irrespirable atmósfera, sus mares tóxicos y sus bellas, normales y terrícolas mujeres.

POLICÍA DEL AMOR

Voy caminando por la calle con el pecho hinchado y la sonrisa extensa, cuando un hombre corpulento y uniformado me interrumpe el paso.

—Buenas tardes. Policía del amor. ¡Documentación!

—Pero... ¿hay algún problema, señor agente? —contesto disimulando el aprieto.

—Documento nacional de identidad y libro de familia —inquire.

—El DNI sí que lo tengo. —Saco mi cartera disimulando que las manos me tiemblan y se lo entrego—. Pero el libro de familia nunca lo llevo encima —digo arrepentido.

El agente mira ambas caras de mi DNI con atención.

—¿Tiene usted más de treinta años y todavía no ha formado una familia?

—Eh... No, señor agente.

—Empezamos bien —dice resoplando—. ¿Tiene usted novia?

—No. —contesto sin mirarle a la cara.

—¿Y se puede saber de dónde viene?

—Vengo de aquí cerca... —le digo tratando de inventar una excusa.

—¿Ha estado usted con una amante?

La pregunta me hiela el corazón, pero reacciono con rapidez.

—No, ¡qué va! Vengo de ver a... mis abuelos.

—Usted se piensa que soy idiota —contesta el agente, visiblemente contrariado.

—No, señor agente.

—Las pruebas son evidentes: cara de bobo, manchas de carmín en la camisa, un chupetón en el lado izquierdo de la zona del cuello. ¿Puede usted levantarse la camisa?

—Hombre, señor agente, es que estamos en mitad de la calle y...

El policía me interrumpe:

—Podemos hacer esto siguiendo el procedimiento normal: usted me acompaña a la comisaría y allí le hacemos las pruebas correspondientes. Tenemos métodos muy persuasivos que no dejan ningún rastro para que usted cuente la verdad. Yo no se los recomiendo. En cambio, puede usted colaborar y todos nos ahorramos muchas molestias. Usted decide.

—Sí... claro —digo tragando saliva y levantándome la camisa para dejar mi torso al descubierto.

El guardia se agacha para inspeccionarme.

—¡Ajá! Me lo temía. Presenta un moratón en la zona intercostal, lado izquierdo. Herida de uñas en la zona lumbar derecha de profundidad moderada. ¡Muy bien! —añade con ironía, mientras se rasca la barbilla para demostrar que está

pensando qué hacer conmigo—. Va a contarme la verdad o le meto un puro que se caga.

Me siento completamente atrapado y no tengo otra opción.

—Lo siento, señor agente —digo con la boca pequeña—. Vengo de casa de un ligue.

El policía respira profundamente y esboza una ligera sonrisa de superioridad.

—¿Es la primera vez? —pregunta.

—¿La primera vez que ligo?

—A ver... ¡Cuánta paciencia! —suspira otra vez—. ¿Es la primera vez que usted y esa pobre chica acometen el acto sexual?

—Sí, la conocí ayer por la noche.

—¿La primera noche y ya consuman el acto sexual?

—Sí...

—¿Supongo que piensa volver a llamarla?

—No tenía pensado hacerlo —digo sin pensar, atorado por el interrogatorio.

El policía hace una mueca de dolor y yo rectifico a toda velocidad.

—Sí, bueno, sí, claro, por supuesto que voy a volver a quedar con ella.

Demasiado tarde.

—Tendré que multarlo —dice el agente mientras saca una libreta.

—¿Es necesario, señor agente?

—Ha cometido varias infracciones: copulación con alevo-

sía y falta de sentimiento amoroso, relación esporádica sin intención de repetición y negación de oportunidad romántica.

Trato de defenderme, pero no logro articular las palabras:

—Esto...

—¡Y encima usted no tiene pareja! ¡Menudo sinvergüenza! —añade el agente.

—¿Sería mejor si tuviera pareja?

—Sería mejor si se callara.

—Sí, señor.

—¿Se da cuenta de que, si todos hicieran como usted, el mundo sería una barahúnda? —dice con paternalismo.

—No... Digo, sí, ¡sí! —exclamo sin tener ni idea de lo que es una barahúnda.

—Le pondré tres multas, así aprenderá. Y alégrese de que no compruebe su nivel de frivolidad.

—Pero, señor agente, he tenido una novia durante cuatro años. Y ahora... me cuesta.

—¿Cuánto hace de eso? —me interrumpe.

—Un año y medio.

—El atenuante prescribe al pasar un año. Si usted hubiera leído el Código, ahora yo no tendría que explicárselo. Si usted ha fracasado en una relación, el Estado le da un año de moratoria para que encuentre otra relación estable. No hace falta que le recuerde que su obligación como ciudadano es encontrar al amor de su vida para formar una familia, como hicieron sus padres o sus abuelos. A los misántropos y a los anacoretas como usted hay que tenerlos bajo control.

El guardia empieza a escribir en su libreta de denuncias y yo trato de persuadirlo.

—Pero no me multe... —digo suplicando—. Me apuntaré al Tinder. No, mejor al Meetic, a clases de salsa, estudiaré idiomas, haré un curso de alfarería, allí, dicen, todo el mundo encuentra pareja, parece que el barro húmedo aviva el deseo.

El policía sigue escribiendo impertérrito y yo insisto, aumentando la apuesta de mis mentiras.

—¿Sabe qué? Puedo llamar a mi exnovia. En realidad, nunca la he olvidado y podríamos retomar nuestra relación.

—No estaría mal —dice sin dejar de escribir—. Pero eso no lo excluye de la multa. La ley es la ley. Aquí tiene su denuncia.

El agente le pone punto y final al escrito con una estocada de bolígrafo, lo arranca de su libreta y me lo da.

—Vaya —digo chasqueado, mientras miro el astronómico importe de la multa.

—Y sepa que la próxima vez no tendrá tanta suerte. Váyase a casa, dúchese, madure e intente formar una familia.

—Sí, señor. Gracias, señor —digo al borde del llanto.

El agente se lleva el dorso de la mano a la frente y dice con energía.

—Policía del amor: proteger y servir. Circule.

ALMA

Justo cuando acababa de meterme en la cama, suena el timbre de mi casa. Me pongo una bata de toalla encima del pijama y, cuando abro la puerta, me encuentro a mi vecino con un gesto de pálido terror en el rostro.

—Ayúdeme —me dice nervioso—, mi mujer ha muerto.

—¿Su mujer ha muerto? —pregunto para esquivar la fatalidad.

—Se ahogaba, dio algunos espasmos, se quedó quieta y dejó de respirar.

—¿Está seguro de ello?

—Segurísimo.

—¿Le hizo el boca a boca?

—No funcionó.

—¿Le ha comprobado el pulso?

—No tiene pulso.

—Entonces, está muerta —me atrevo a afirmar por primera vez.

—Sí —dice mi vecino mientras sus ojos centellean.

—¿Y en qué puedo ayudarlo? —le pregunto amablemente.

—Le parecerá absurdo. Necesito ir a la iglesia a buscar al reverendo para que le dé la extremaunción y no quiero... dejarla sola.

Siento el crepitar de mis neuronas tratando de entender lo que significa dejar solo a un muerto. Los muertos están solos por definición, o mejor dicho, los muertos no están; y no puedes dejar solo a alguien que no está. Aun así, trato de hacerme cargo de la situación: nunca está de más ayudar a un vecino.

—No se preocupe, déjeme coger las llaves y unas zapatillas, y subo a hacerle compañía a su señora.

Como dos nazarenos en pantuflas, mi vecino y yo subimos en procesión por las escaleras. El hombre vive un piso por encima del mío, en el envidiado ático del edificio. Después de retorcer la cerradura con su llave, abre la puerta y entramos en su hogar. La espesa atmósfera de la casa huele a polvo de moqueta vieja con ambientador de rosas; la decoración es suntuosa, aunque parece extraída en su totalidad del sótano de un anticuario. Caminamos por el pasillo mientras mi vecino se gira de vez en cuando, seguramente, para comprobar que no he aprovechado un descuido para salir corriendo.

Entramos en un opulento dormitorio. Allí, enmarcada entre las cuatro columnas del dosel de una gran cama, yace su mujer, vestida con un camión largo de gasa blanca, con las

manos cruzadas sobre su esternón. A primera vista, podría pensar que se trata de una mujer dormida, pero la inquietante inmovilidad de su cuerpo no me deja lugar a dudas. Me fijo en sus labios ligeramente abiertos.

—Debería cerrarle la boca. Si no, luego, con el *rigor mortis*, no se podrá —digo con tono científico mientras un escalofrío eriza mi cogote.

El hombre se queda atorado.

—Si tiene un pañuelo, se lo anudaré en la mandíbula para que se mantenga cerrada —añado, tratando de resultar convincente.

—¿Dónde ha aprendido eso?

—Mi abuela también tuvo una muerte súbita y hogareña —digo bajando la cabeza—, pero de eso hace mucho.

El hombre se inclina sobre su mujer y empuja con suavidad su barbilla para cerrarle la boca. De pronto, la cara adopta una expresión serena e imperturbable que la acerca a su verdadero estado, el de la paz mortal.

—Tardaré media hora. Conozco al párroco, es un hombre sencillo, no tiene teléfono, iré a la iglesia y llamaré a su puerta...

Mi vecino no puede acabar la frase y rompe a llorar.

—No puedo creerme que nos haya pasado esto —dice, ahogándose en sus sollozos—. ¡Éramos tan felices! ¡Nos queríamos tanto!

Me sorprende que utilice el verbo «querer» en pasado, aunque, en realidad, el pobre tiene razón: no se puede querer a un muerto. En todo caso, se quiere al vivo, y el vivo ya no

está. Lo del muerto es aún más dramático: no puede querer, no puede hacer nada, no hay verbos para los fallecidos. Esa es su definición intrínseca: la inacción. Mis pensamientos me perturban y no me dejan concentrarme para encontrar palabras de consuelo.

El pobre hombre trata de secar sus lágrimas con un pañuelo de papel totalmente empapado, una bolita estrujada de inútil absorbencia. Al final, usa la manga de su camisa, sorbe sus mocos y desaparece por el pasillo, vencido como un condenado. A medida que se aleja, empiezo a notar cómo crece el miedo en mi interior. Me quedo solo en una habitación con una difunta. Así empieza una historia de terror con un final trágico e inenarrable.

Oigo la puerta de entrada cerrarse y, después, la casa se queda estática, inmersa en un silencio espeso y solitario, tan agudo que hace que mis oídos silben. Trago saliva para despresurizar mis tímpanos, aclaro mi garganta con una tos impostada que resulta ser mi única compañía. El cuerpo sin vida de la mujer despide una morbosa curiosidad, su presencia encrespa mi interés, y mi cuerpo se recubre de un sudor helado y pegadizo. Clavo mi mirada en los motivos arabescos de la alfombra, usando una técnica tan infantil como eficaz para hacer ver que algo no está: dejar de mirarlo.

Hace mucho tiempo que conozco de vista a mis vecinos, de compartir cortos y estrechos viajes verticales en ascensor. Siempre iban juntos: antes de esta noche, jamás los había visto por separado. Eran una pareja estirada, erguida, de rancio abolengo, o eso parecía. Solían saludar con un «Hola,

¿qué tal?» y despedirse con «Adiós, muy buenas». Poca cosa más. Aunque hacían equilibristos en la línea delgada que hay entre la madurez y la vejez, se notaba que habían sido los más envidiados de la clase, los más deseados de la discoteca. Pertenecían a una estirpe de seres humanos superiores: la raza de los guapos. El marido había perdido parte de su luz, su cuerpo empezaba a encorvarse y su cara adoptaba una expresión huesuda y seca. En cambio, su mujer seguía emitiendo, desde el fondo de su ser, los rayos dorados y luminosos de su juventud, capaces de traspasar, gracias a su intensidad, la capa fosilizada de su edad. Aunque yo era veinte años más joven que ella, se trataba de una mujer totalmente inalcanzable para mí.

Harto de repasar con la mirada las enrevesadas volutas de la alfombra, levanto la vista hacia las paredes de la habitación. Hay litografías borrosas de cuadros de caza, perros y jinetes persiguiendo zorros, paisajes ensombrecidos de lagos en calma que parecen contener la oscuridad eterna. La luz de la habitación proviene de una lámpara cuyo pie tallado en bronce sostiene una pantalla de cristal templado en forma de bulbo. En su reflejo, veo nada más ni nada menos que el cuerpo de la hermosa difunta tumbado en la cama. ¡Me rindo! ¿A quién quiero engañar? Mi curiosidad por el cadáver le gana al miedo y guía mis retinas hacia la fallecida. Un líquido helado inunda mi sistema linfático. Nada grave: solo la emoción y el morbo que produce mirar donde uno no debe o no puede.

Al ver otra vez la inmóvil figura esbelta, siento una contradicción profunda. Me cuesta creer que realmente me encuen-

tre solo en la habitación: su presencia física es tan poderosa que pone en duda la evidencia de una habitación vacía. Trato de centrarme en su cara y esquivo —por educación, pudor y, sobre todo, falta de consentimiento— su cuerpo, que se adivina desnudo debajo de la seda blanca de su camisión transparente. Su palidez contrasta con el tumulto rojizo de sus labios, que parecen contener aún la circulación sanguínea de la que carecen. Su pelo rubio y ondulado se esparce alrededor de su cara, desparramado, libre como los trazos de un pintor embriagado por la primavera. Sus ojos permanecen cerrados, sellados por dos pequeñas sonrisas de pestañas negras. Y aunque recuerdo su mirada vaga, triste y soñadora, soy incapaz de recordar su color. Quizá porque nunca fui capaz de sostener el contacto visual en ninguno de los cortos viajes en ascensor de los que antes hablaba.

Su encanto no ha muerto con ella: allí está, vivo y vibrante, aunque ahora, además, es eterno, sereno y tan vacuo como fascinante. Siento que la angustia comienza a disiparse. El cuento de terror ha terminado y de una manera natural se ha convertido en una situación de una extrema intimidad. Allí estamos ella y yo, o lo que queda de su representación vital en la tierra, solos en una habitación. No hay nada más: su belleza y yo. Ya no tengo miedo, porque, al apreciarla, el peligro se extingue. Ya decía Platón que lo bello estaba muy cerca de ser bueno.

Me siento en el borde de la cama a contemplar aquel espectáculo que, por azar, he sido invitado a presenciar. El colchón cede bajo mi peso y hace que el cuerpo se meza leve-

mente. El movimiento me impresiona, pero no tanto como cuando escucho, en el interior de mi mente, una voz cálida y femenina:

—Acérquese —dice la voz en un tono templado por la seducción.

Giro la cabeza de un gesto. ¿Quién me está hablando? Miro en el pasillo, tratando de disimular que sé perfectamente de dónde proviene la voz.

—¿Aún se puede oler mi perfume? —inquire.

Soy consciente de que debería estar aterrorizado, salir de la habitación gritando, envuelto en las llamas del pánico, y esconderme en mi casa para siempre jamás; pero la voz que habla en mi interior es sensual, delicada, solo inspira seguridad. Además, lo paranormal solo parece amenazador cuando se lo mira desde la normalidad. En cambio, cuando uno se sumerge de lleno en las profundidades de lo sobrehumano, ya no le parece que lo que está viviendo sea peligroso. Por eso, me quedo atento, en silencio, escuchando...

—Es una mezcla de pachulí con jazmín aéreo —prosi-gue la voz melosa—. Un perfume embriagador tanto para quien lo lleva como para quien lo huele. Acérquese para disfrutarlo.

Siento que mi sangre se acelera. Sin meditarlo mucho, me inclino hacia su cuello como si mirara a un precipicio. La fragancia de su perfume es tan empalagosa como persuasiva.

—Mientras el cuerpo esté caliente, aún seguirá oliendo —añade la voz—. ¿O ya soy un mármol frío incapaz siquiera de templar un perfume?

No contesto. Me cuesta aceptar que un muerto pueda hablarme, y, peor aún, que yo pueda hablar con los muertos.

—Por favor, tóqueme; compruebe si aún queda algo de calor en mi cuerpo.

Tocar a un muerto es un acto intrínsecamente abusivo porque este nunca puede dar su consentimiento. Sin embargo, este caso podría considerarse una excepción.

—Es un favor que le pide una pobre difunta—insiste la voz.

Me acerco, me agacho y pongo el dorso de mi mano en su mejilla. Su cara emana aún algo de calidez.

—¿Me encuentra atractiva? —pregunta sin titubear.

Retiro la mano y doy un paso hacia atrás.

—Sé que en vida sí —insiste con serenidad—. Conozco perfectamente la reacción que provocho en los hombres como usted. Pero ahora ¿me encuentra atractiva?

Retrocedo hasta que mi espalda choca levemente con la pared de la habitación.

—Siempre he sido fiel a mi marido —confiesa—, lo juré ante Dios sin pensármelo dos veces. ¡Era tan hermoso! —dice en un tono triste y resignado—. Por desgracia, con los años, contrajimos una lenta e implacable enfermedad. Quizá sea porque yo era más sensible o más débil que a mí me ha resultado mortal. No me queda mucho en este mundo: solo el remanente de mi alma, un poco de calor que se evaporará con mi perfume de lavanda. Acérquese de nuevo, no se quede tan lejos.

Mis piernas flaquean, tiemblan de indecisión. Avanzo indeciso y me siento en la orilla más lejana de la cama, cerca de los pies de la mujer.

—No se apure. No estamos haciendo nada malo. Le juré fidelidad a mi marido hasta que la muerte nos separara, y así ha sido hasta hoy. No ha sido fácil. Debo confesarle que me atraen los hombres como usted.

Sin poder evitarlo, una risa irónica, incrédula, se escapa de mi boca.

—No se ría. Como decía mi querido Oscar Wilde: «Los hombres guapos son para mujeres sin imaginación». Usted no tiene la arrogancia ni la vagancia de los que se saben deseados. Usted valora los cumplidos y se esfuerza en gustar. Su atractivo recae en que no es atractivo. Una siempre quiere lo que no tiene.

Los extraños cumplidos de esa mujer me sorprenden, a la vez que hinchan mi orgullo y despiertan mi deseo. Trato de respirar profundo para acallar mis ansias, mientras la voz sigue seduciéndome.

—No quiero abandonar esta vida sin un último capricho —confiesa.

Un sofoco pegajoso y ardiente sacude mi cuerpo. Aquella mujer inexistente avanza inexorablemente hacia profundidades de mi ser que ni siquiera yo conozco, y no encuentro ninguna manera de detenerla.

—Sabe, ahora que puedo ver su interior, escuchar sus pensamientos, sus miedos, me doy cuenta de que nos parecemos mucho. Platón, Lord Byron, ya veo que también ha leído a Blake y Poe.

Asiento con la cabeza como un títere de sus palabras.

—El destino nos tuvo cercanos, separados apenas por un

piso, y nos regala este último y sofisticado encuentro. Déjeme que le cuente un secreto: en la cama nunca usaba ropa interior, solo tiene que levantar mi camisón y así podrá ver el cuerpo que le entrego. No me malinterprete, no soy superficial; dadas las circunstancias, es lo único que le puedo ofrecer.

Siento las fuerzas del deseo estrellándose contra mi raciocinio cual placas tectónicas en un terremoto de sensaciones. No está en mi naturaleza amedrentarme ante una insinuación, mucho menos si me acerca a lo prohibido. Sin embargo, lo más sensato es marcharme a mi casa y encontrar alguna excusa para contarle a su marido. Cualquier cosa será mejor que dejarme llevar por la tentación de aquel espíritu que se comunica abiertamente con la más retorcida de mis fantasías.

—El discurrir de sus pensamientos es tan bonito. Sus cavilaciones no hacen más que demostrarme que usted es todo un caballero, pues, aunque siente una atracción perversa hacia mí, trata de domesticarla para no abusar de mi situación. Escúcheme bien, porque no tenemos mucho tiempo: déjese llevar por su instinto, ya que coincide con el mío. Haga lo que le digo: súbame el camisón y contemple mi cuerpo desnudo.

Las palabras de esa mujer se me enredan entre las dudas de mis pensamientos. Me autoengaño pensando que haré solo un paso más y me detendré. Agudizo mis sentidos y compruebo que el edificio está en silencio. Acercó mi mano temblorosa, con la sensación que tuve la primera vez que desnudé un cuerpo: la quemazón del deseo y el miedo, el descubrimiento inminente, la nota sostenida en la punta de

mis dedos, que cogen la tela de seda transparente y la apartan, deslizándola por la piel hasta que esta queda al descubierto.

La visión de su sexo depilado, la hendidura de porcelana, debilita mi voluntad. La sangre a borbotones choca contra la córnea de mis ojos. La posibilidad de retroceder queda anulada por el vigor de la excitación, que crece de manera exponencial, salvaje, imparable.

—Si pudiera —dice la voz jadeando—, me arrodillaría, me arrastraría hasta sus pies y abriría mi sexo para mostrárselo e indicarle el camino. Si pudiera, sería incluso capaz de obligarlo. Pero ahora solo tengo una opción: suplicárselo. ¡Hágalo! Se lo imploro. Juntemos la muerte con la vida.

No. No lo pienso hacer. Quizá tendría un momento de placer, pero el arrepentimiento puede ser infinito. Podría caer enfermo, sentirme un pervertido. Los tabús son, en realidad, guardianes de una línea que no hay que cruzar, que mantiene al hombre alejado de la locura. Puede que detrás de esa línea haya un nuevo mundo, pero ¿a qué precio?

—No queda mucho tiempo. Atrévase, entre en mí. Penétreme.

Reconozco que la idea crece en mi interior con la fuerza de lo prohibido. La habitación empieza a dar vueltas alrededor mío al ritmo de mi indecisión.

—Aprovéchese porque tiene mi consentimiento. Nunca nadie se entregará tanto a usted.

No puedo escuchar más a esa mujer. Estaré, hasta que vuelva su marido, mirando al infinito, llenando mi cabeza de

pensamientos matemáticos, absurdos, cruzando las piernas para ahogar mi miembro erecto. Finalmente, volveré a casa y, después de una ducha fría, olvidaré para siempre este extraño acontecimiento.

—¿Cuáles son las preocupaciones de su vida? ¿Que la nómina no llegue tarde? ¿Que los paletas acaben las obras de la escalera? ¿Que no olvide el *ticket* de descuento del supermercado? Necesita vivir algo intenso, nuevo y arriesgado para espolear su aburrida y banal existencia, no sea que le ocurra como a mí.

—¡Cállese! —grito fuera de mis casillas con las manos en la cabeza—. ¡Cállese ya!

El silencio responde a mis gritos. Siento que ella se ha ido, pero, en lugar de sentir alivio, una fuerte sensación de pérdida me invade. ¿Qué será de mí si mi amada muerta, al final, muere del todo? Me doy cuenta de que no quiero perder la oportunidad. Me arrodillo al lado de la cama.

—¿Se ha marchado del todo? — pregunto arrepentido.

—Aquí estoy esperando — contesta la voz.

Suspiro. Trago saliva. Con extremo cuidado, cojo las piernas y las abro poco a poco, consciente del sacrilegio que estoy cometiendo. Su sexo se abre y puedo ver la imagen perturbadora de su interior rosado y brillante.

—Adelante —dice la voz relamiéndose.

Bajo mis pantalones y mis calzoncillos, y me subo a la cama de rodillas frente al cuerpo abierto. Estoy erecto, apuntando en el ángulo abierto. Lamo los dedos de mi mano y me ayudo para introducirme dentro de ella. La sensación me

transpone a otro nivel. La vida y la muerte unidas por nuestros cuerpos. Mi mente se nubla y, por un momento, estoy a punto de terminar. Cojo aire profundamente para no perder el control. Empujo hacia dentro otra vez, hasta el fondo, con firmeza.

—Es usted maravilloso. Un amante singular y valiente. Hágame suya.

Empiezo a moverme muy despacio para que la sensación sea larga y suave, entro y salgo en un lento martirio sensual, me apoyo encima para aumentar el contacto de nuestros cuerpos tan extraños y, a la vez, compatibles. Disfruto del retroceso que me acomete con la ayuda de los muelles de la cama, acelero el compás con un vaivén impaciente y obsesivo.

—¡Adelante, mi aventurero! Usted será mi despedida más excitante, mi recuerdo más vívido de este mundo cruel.

Su cara serena, inmutable, me recuerda su vulnerabilidad consentida. Sigo empujando, dando botes, mordiendo mis labios mientras aparto las manos de la mujer y aprieto sus senos con firmeza. Me arqueo encima de su cuerpo inamovible, tratando de llegar en cada empujón un poco más adentro, un poco más lejos, en la búsqueda de algo que ya no es físico. El cuerpo sin vida de mi amante no ofrece ninguna resistencia y se convierte en un sendero directo hacia su alma.

—Más fuerte, mi hermoso caballero. No se rinda, siento cómo se acerca a mí.

Animado por la proximidad del espíritu, siento el vértigo del que traspasa una barrera. La habitación desaparece, el tiempo y la existencia se esfuman, y abandono el campo

terrenal para entrar en una dimensión irreal, inexplorada. Ambos, amantes, flotamos en la ingravidez espacial y, entonces, siento la fulgurante conexión de mi energía espiritual con la suya.

—Me enloquece su pasión. Vayámonos juntos. Sincronicémonos.

Una oleada cósmica de placer nos envuelve para sacudir cada fotón de nuestra luz interior. He estado muchas veces dentro de un cuerpo, pero jamás me había metido dentro de un alma.

—¡Adelante! Dejémonos llevar. Los dos juntos. El orgasmo. La *petite mort*. La muerte y la vida. La vida y la muerte.

Mi cuerpo, nuestros cuerpos, el cuerpo que ahora compartimos se dobléga, estalla en millones de partículas y abandona el recipiente caduco que lo envuelve. Somos ahora una sola luz irradiada que se amplifica a cada espasmo, a cada jadeo, a cada envite, hasta llegar a una explosión lumínica cegadora que llena el cosmos de placer. La sensación de volatilidad me aprieta de adentro hacia afuera y eyaculo una vía láctea, un mar de estrellas, una puerta interestelar. Y todo se vuelve opaco, negro. Oscuro.

—¡Oh, Dios, qué maravilla! ¡Qué placer! ¡Qué felicidad! Gracias.

Nos quedamos suspendidos en el limbo, acariciando con todo nuestro ser la nada. En un lapso temporal que va desde el microsegundo hasta el siglo, orbitamos alrededor de nuestra propia existencia compartida hasta que, finalmente... caigo otra vez en este mundo como una cáscara vacía al lado del cadáver,

abatido por el esfuerzo, resoplando, tratando de recuperar las coordenadas de nuestra dimensión. La habitación aparece poco a poco y vuelvo en mí con dulzura. El peso de la realidad se apoya lentamente en un recodo de mi tristeza para acabar aplastándome contra la cama.

De pronto, oigo un ruido: el crujir de la llave en la puerta de la entrada. Es el vecino. Aterrorizado, salgo de mi posición, me subo los calzoncillos y los pantalones, y cierro las piernas de mi amada. Ahogado por el miedo a ser descubierto, subo el camisón y trato de arreglarlo con soltura, aliso el pelo alborotado y acomodo sus manos cruzadas sobre su pecho, como si colocara el lazo de un regalo. Los pasos del vecino se acercan y me apresuro a sentarme en una pequeña silla que hay al lado del tocador. Cruzo las piernas para disminuir mi erección, que, por suerte, va decreciendo. En ese preciso instante, entra el marido con un cura de los que llevan traje gris y un collarín blanco. Los saludo desde mi asiento, tratando de parecer calmado.

—Qué bien que llegaron —les digo con un hilo de voz que casi me delata.

—No sabe cuánto le agradezco su ayuda—dice el vecino emocionado.

—¿Le podrá dar la extremaunción? —pregunto al cura.

—No, hijo mío, eso sería tan absurdo como darle de comer a un fallecido.

La mirada del marido se enturbia.

—Lo que haré es bendecirla y pedirle a Dios que le acompañe en su seno. También oraremos por su alma.

Aprovechando que mi miembro ya se quedó flácido, me levanto de la silla y me disculpo.

—Bueno, yo me iré a mi casa, así los dejo en la intimidad.

Ambos están por contestarme, cuando veo que la boca de la mujer se quedó abierta en una expresión de sorpresa, con una apariencia tétrica y escandalosa.

—Deberíamos cerrarle la mandíbula con un pañuelo —se adelanta a decir el cura.

El marido me mira preocupado y yo levanto los hombros con cara de circunstancias.

Llego a mi casa y trato de recomponerme. En la ducha, intento que el agua caliente se lleve los recuerdos de mi insólita aventura, pero solo consigo que mis pensamientos se encharquen. Siento cómo el desasosiego empieza a tejer en mi esternón las redes de la culpa. Tengo que ser fuerte y no dejarme llevar por ella, no temerles a las consecuencias, no sentirme depravado ni juzgarme por ser curioso; me espera una lucha titánica contra mi juez interior. El miedo también crece. Soy consciente de que, si he dejado alguna pista y alguien me descubre, seré un hombre perseguido. En realidad, no debería castigarme, sino sentir admiración por mi amada y por mí. Ambos, valientes, luchadores, auténticos perseguidores de lo inefable, de la aventura y del amor. Ahora lo sé todo de ella. Sé cuál fue la enfermedad que la mató: murió de aburrimiento, un aburrimiento mortal. Gracias a nuestra

osadía, pudo arañar algo de vida un poco después de su muerte. No hicimos nada mal. No hice nada malo. Aun así, está claro que es algo que no puedo contarle a nadie. Me siento en mi sofá, en silencio, en la penumbra de mi comedor apenas iluminado por el destello de una farola que se cuelga por la ventana, preparado para revivir el recuerdo de la experiencia en la más absoluta soledad.

—No estás solo, mi amor, ni lo estarás nunca más —dice la voz melosa en mi cabeza.

Al escucharla, siento un dulce escalofrío: me doy cuenta de que, haga lo que haga, después de esta noche, mi amante estará conmigo para el resto de mi vida, y puede que incluso más allá.



GRACIAS POR LEER

Si te han gustado estos tres cuentos
tienes 30 más esperándote aquí en este [LINK](#)

También puedes contactar con nosotros en
lebookeditorial@gmail.com

O visitar nuestro Instagram en [@lebookeditorial](#)

O visitar el Instagram del autor [@lluis.segura](#)

O visitar la página web del autor

lluisseguraescritor.com